

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

BAJO LA COBERTURA FALSA

NO SE VUELVE ATRAS

LA superficie de nuestro mundo, lo que ocupa los primeros planos, lo que reclama la atención, lo difundido primariamente por los medios de comunicación, es algo desalentador. Mi inclinación a ver el lado bueno de las cosas es muy grande —se me ha reprochado durante toda mi vida—, pero mi incapacidad de engañarme (no de equivocarme) es mayor aún. «Habet mundus iste noctes suas, et non paucas» —decía San Bernardo—. «Este mundo tiene sus noches, y no pocas». Todo el que tenga los ojos abiertos y no confunda la luz con la oscuridad verá que hace poco entramos en una de las innumerables noches de la historia.

La creencia de que «cualquiera tiempo pasado fue mejor» es un espejismo tan injustificado como la creencia progresista de que las cosas van sin más hacia adelante. Lo que parece claro es que este ultimísimo tiempo es peor que el pasado reciente. Lo advertí y lo dije hace ya varios años, tan pronto como descubrí los primeros síntomas; el número de los que empiezan a verlo aumenta por días. Hay ciertos sucesos espectaculares, melodramáticos, que invaden los titulares de los periódicos y bastan para producir esa impresión; sin negar esto, son otros los fenómenos que verdaderamente me inquietan.

Por ejemplo, el aterrador descenso de la calidad de la producción intelectual, especialmente de la más traída y llevada, de la que se presenta como característica del presente. Me atrevo a profetizar que dentro de muy poco tiempo, probablemente menos de un decenio, se considerará con vergüenza el panorama intelectual del mundo posterior a 1965, para dar una fecha aproximada. No quiere esto decir que en este tiempo no se hayan escrito y publicado libros, ensayos, artículos excelentes; que no se hayan realizado considerables obras artísticas; quiero decir que no es eso lo que se ve, lo que «vale» como expresión de la actualidad. De esto va a quedar muy poco en cuanto la humanidad llegue al próximo recodo del camino y recobre una perspectiva menos confinada.

He estado relejando las actas de las sesiones de las Cortes Constituyentes españolas de 1869; me ha producido una vez más la impresión alucinante que siempre me han causado, de la que ya hablé en «Los Españoles». Casi todo lo que los diputados dicen es absurdo, sin sentido, hueco, farragoso, desprovisto de fundamento, demagogia de cualquier color, gargarismos verbales. Apenas hay un par de excepciones: don Juan Valera sobre todo, que siempre sabe lo que está diciendo; en menor grado, Castelar, que no siempre lo sabe, pero que adivina por dónde van las cosas y tiene aciertos de expresión oratoria que corrigen sus demasiado vagas ideas. Casi todos los demás, de derecha a izquierda, desde los arzobispos y los carlistas hasta los demócratas anticlericales, nos producen la impresión de haber

entrado en un mundo de irresponsabilidad y capricho, de arbitrariedad, tópicos, desprecio de la realidad. Se dice cualquier cosa, con tal de que no tenga sentido.

Temo que hayamos entrado en una fase sumamente parecida, con la diferencia de que la nuestra es mucho menos «inocente» y mucho más «planificada». Quiero decir que las cosas de este cariz que ahora pasan, no pasan «porque sí», es decir, por causas vagas complejas e indefinidas, en gran parte azarosas, sino sobre todo porque ciertos individuos y grupos así lo procuran y dirigen, con recursos muy varios, el curso de buena porción de la vida pública de nuestro tiempo.

Para un sociólogo sería apasionante un estudio minucioso de lo que se podría llamar la «insinuación de las vigencias», el lanzamiento de temas, prestigios, tabúes, vetos, silencios. ¿Qué libros se exhiben en los escaparates de las librerías, que sólo pueden mostrar una pequeña fracción de los que existen en el comercio? ¿Cuáles encuentran su camino hacia los puestos y quioscos, y cuáles de características editoriales análogas, no? ¿De cuáles se publican críticas en todas las publicaciones de un país —o de varios— y de cuáles rarísima vez, independientemente del valor y aun de la fama de sus autores? ¿Qué exposiciones de arte son cuidadosamente reseñadas y presentadas al público y de cuáles otras simplemente no se habla? ¿De qué injusticias se protesta y cuáles se encajan sin rechistar? ¿Qué violencias irritan o indignan y cuáles se comentan con aprobación o se cuentan con eufemismos que equivalen al elogio?

Una de las pocas cosas de que estoy firmemente persuadido es que la falsedad no prevalece. Creo que todos los fenómenos inauténticos —enormemente peligrosos y dañinos— tienen sus días contados. Cuando veo los temas de que se ocupan muchos de mis contemporáneos, las cosas que dicen, los libros que escriben, los cuadros que pintan, la música que componen, la política que proponen, no puedo menos de pensar: «Allá ellos». Se embarcan en nave que la bajamar inminente va a dejar embarrancada en la arena, destinadas a pudrirse bajo el sol y la lluvia.

Podría pensarse que es cuestión de esperar. Los fenómenos falsos pasarán muy pronto, serán olvidados, se volverá a la situación más inteligente, discreta y fecunda en que hace poco tiempo se estaba. Se escribirán de nuevo los libros que había que escribir; se pintarán los cuadros cuyos pinceles quedaron secos por ese viento inducido; recobrará la vida sus formas y exigencias, después de unas cuantas deformaciones regidas por

la inautenticidad y que no pueden sostenerse, en las que no se pueden instalar ni el hombre ni la mujer para vivir.

Pensar esto sería el más grave y peligroso error: «No se vuelve atrás», nunca se vuelve atrás; la historia no conoce esa posibilidad de los vehículos: es irreversible. Ni siquiera cuando posibilidades fecundas son violentamente truncadas, cuando una época de esperanza plenitud ha quedado interrumpida, ni siquiera entonces hay regreso. Creerlo así ha sido el factor esterilizante de todas las restauraciones y de todos los restauradores.

Por negativo que sea el presente, por logrado que haya sido un momento del pretérito, jamás éste volverá a vivir. Se entenderá: jamás volverá a ser actual; estará vivo —nunca habrá dejado de estar vivo— en la forma de «haber sido», de estar sustentando y sosteniendo el nuevo presente; nunca podrá suplantarle. Y si se intenta, no se consigue más que sustituir una falsedad por otra aún mayor: la de un «reventar», un aparecido o fantasma.

Ser es ser actual; no se puede vivir más que en el hoy. Cuando hay que repudiar el presente es cuando «no es presente», cuando es una interesada suplantación de la auténtica realidad de nuestro tiempo.

La prueba de que las cosas no son actuales suele ser su falta de interés. Por mucho que se lance sobre nosotros, una vez y otra, hasta la náusea, un nombre, una doctrina, un estilo, si no es actual, si no está orientado hacia el futuro, si no es una promesa de innovación, nada puede salir de ahí, y pronto es arrastrado por la indiferencia. Acabo de tener una —relativa— sorpresa: tres distintos grupos de universitarios norteamericanos me han declarado, esta misma semana, no haber leído ningún libro de Herbert Marcuse, no saber de él más que su nombre, no recordar con precisión ningún título, no sentir el menor interés por conocerlo. No he podido evitar el recuerdo del título de Lorca: «Así que pasen cinco años». ¿Quién hubiera dicho en 1968 que ésta iba a ser la situación de 1973? «Verduras de las eras», decía Jorge Manrique. Si no me equivoco, éste va a ser el destino de las cuatro quintas partes de las producciones —y de las actitudes— de los que nos venden como actuales.

Ranke decía que «toda época está inmediata a Dios». Podríamos decir castizamente que «ninguna época está dejada de la mano de Dios». Tampoco la nuestra, ni siquiera su fase más reciente. Le pertenece la actualidad, la plena realidad, la innovación. Lo que pasa es que a veces está la luz debajo del celémín. Hay que esforzarse por descubrir, bajo la cobertura falsa, la verdadera realidad creadora de los años que estamos viviendo.

Julían MÁRIAS

«EN DOS LENGUAJES»

UN SONETO PARA EL EMPERADOR

CARLOS el Flamenco, hijo del Hermoso y de la Loca, acabó por conseguir el afecto de sus vasallos. Y al no el afecto, al menos algo parecido a una admiración morigerada y cortés. Los principios fueron más bien malos. Llegó a sus reinos de España con una pandilla de consejeros-sanguijuelas, «extranjeros», además, y la gente vio con malos ojos el asunto. Tropezó enseguida, en Castilla, con las Comunidades, y en Mallorca y en el País Valenciano con las Germanías, que tuvo que reprimir a sangre y fuego. Aunque el monarquismo de los súbditos era impertérrito —incluso el de los insurrectos—, de un modo u otro quedaría malparado el prestigio personal del rey. En todo caso, nada saldría ganando. Pero pasaron los años, se dismutaron y hasta se mitigaron los resentimientos, y Carlos, coronado emperador, metido en los insignes, victorioso a menudo, se convirtió en una figura casi mítica, o apreciablemente brillante, para muchos ciudadanos de su soberanía. Una cierta literatura lo certifica. Claro está que la literatura nunca es un metro seguro para medir estados de opinión colectivos, y no pudo serlo entonces, más en concreto, cuando la mayoría de los escritores tenían la pluma hipotecada a la reverencia o a la adulación. Sea como fuere, el diframbo retórico se produjo, y alguna significación hay que atribuirle. Cuando la noticia de que el César jubilado había muerto en Yuste, se abrieron los grifos de la elegía.

En ese contexto se sitúa un poema de mi palcano Timoneda. Joan Timoneda nació en Valencia a comienzos del siglo XVI. Descendía quizá de inmigrantes aragoneses, pero ya rompió a hablar en el idioma local, y a su catalán tal vez de madre y sobre todo de calle, él lo llamaba «mi lengua natural valenciana». Escribió mucho en castellano: comedias, versotes, cuentos, autos sacramentales y lo que se presentase. Había sido zurrador de pieles, y se pasó luego a librero y a editor. No le fue mal el nuevo negocio. Publicó una gran cantidad de libritos y hojas sueltas, a base de aprovechar obra ajena y de manipular la propia sin demasiados escrúpulos. Los eruditos le tachan de plagiarlo, y lo fue, sin duda. El sólo se proponía abastecer el mercado, y fabricaba lo que la demanda exigía. Los papeles que con mayor seriedad pueden creerse suyos no dejan de tener gracia. Yo, incluso, diría que tienen tanta o más gracia que los de la mayoría de sus colegas del momento. Por otra parte, nadie sabrá negarle unos cuantos méritos ilustres: el de haber renovado la narrativa en prosa, el de haber dado a la imprenta los pasos de Lope de Rueda, el de haber recogido en sus cancioneros un paque-

te considerable de poesía a la vez popular y culta contemporánea, que de otra manera se habría perdido. Y más cosas. En uno de esos cancioneros hallamos un soneto dedicado al Emperador.

Timoneda escribió y publicó también en catalán, y más de lo que hasta ahora se había creído. Se le conocían dos autos de tema eucarístico, algún cuentecillo y media docena de canciones en su vernáculo. Hoy sabemos que el «Flor de enamorados» fue maquinación suya, y en este cancionero —delicioso— abundan los poemas en catalán. Otros hay en el «Sarao de amor». No importa si originales o robados: por su conducto nos llegan. Del «Sarao», salido en 1561, es el soneto a la defunción de Carlos V. El hecho de que sólo se haya conservado un solo ejemplar —incompleto, por más señas— del volumen, y que nadie se haya ocupado en reeditarlo, contribuye a que la talla histórica de Timoneda se vea perjudicada. Como la reduce la circunstancia de ignorar —y desde 1927 era una ignorancia imperdonable— que «Flor de enamorados» le pertenece... El soneto en cuestión no es una gran pieza. No admite comparación con el ampuloso despliegue de atabales y añafles de Hernando de Acuña: «un monarca, un imperio y una espada». Timoneda no fue un poeta de «altos vuelos». «Comarcano de la poesía», se definió, precisamente en un romance del «Sarao», que no se encuentra en las páginas del ejemplar único de la Nacional de Madrid. Quizás un día, por azar, alguien desempolva de un rincón de biblioteca valenciana otra copia del «Sarao de amor»: la que tenía don Gregorio Mayans y que utilizó Cerdá y Rico en sus comentarios a la «Diana Enamorada» de Gil Polo. «Comarcano»: arrabalero o pueblerino...

Que el poema carolino fue redactado por el propio Timoneda, resulta evidente. Aparece «firmado» a su modo: con un grabado. El grabado es tosco, y la impericia, el descuido o la indiferencia del impresor lo estampó al revés. La imagen es la de un tío barbudo, ceñida la frente con un poco de laurel, y la inscripción de su orla, invertida, reza: «Ioanes Timoneda Valentinus». Los primeros versos que siguen a la estampa dan pie a la perplejidad:

Sonetos que sonáis lindos primores
con el papel y tinta noche y día,
sin comprender de quién es la poesía:
¡oh cuán dichosos son vuestros autores!

dicen. Timoneda, una vez más, «tomaba su bien donde lo encontraba», y sin citar nombres, acumulaba material de procedencia dispersa. Pero añade: «si atrevimiento ha sido revolveros con

los míos...». Y uno de los suyos tuvo que ser éste. Cuadra plenamente en su estilo. Y para redondear el dato, ahí está su divertida condición lingüística. Se titula así: «Soneto a la muerte de nuestro Emperador Carlos Quinto, en dos lenguajes». Los «dos lenguajes» no es más que un truco que probablemente inventaron los valencianos de la época: una determinada escritura —salvada la ortografía— podría ser leída aparentemente en igualdad de condiciones tanto en catalán como en castellano...

Me divierte exhumar el texto. No sólo porque lo considero muy curioso, sino, además, porque las liendres de la monografía se han abstenido de hacerlo. Lo transcribiré en la estipulada grafía del catalán de Fabra, que no será obstáculo para la lectura en castellano, una vez aceptada la «i» latina sistemática, la «ny» que suena «fi», algún apóstrofo y algún guión o algún otro signo inexcusables. Sean ustedes servidos:

L'amarga, fatigosa i dura pena
que causa del gran Carlos invencible
la preta despedida, és imposible
contar-la, si dolor nos desordena.

De vates gloriosos la gran vena
és impedida del dolor terrible,
i en pena tan aguda i tan sensible
és insensible penya el que no pena.

Si el gran Rei Celestial a Carlos dava
la general, terrena monarquía,
universal serà aquesta tristura?

I en relatar fatiga que és tan brava,
los versos faltaran, i l'amargura
no faltará, que augmenta cada dia.

Olvidémonos de las irregularidades gramaticales. «Despedida» es, en catalán, un castellanismo oprobioso. En castellano, el cuarto ende-casílabo no funciona, porque en lugar de «sonar» como cito, tendría que ser «contarla»; si dolor no se desordena, y sobraría una sílaba. Pero todo esto es secundario.

«¿Universal será aquesta tristura?». No me atrevo a especular sobre el interrogante. «Universal» era el dominio del Flamenco: «la general, terrena monarquía». ¿Pesaba en Timoneda el recuerdo amargo de los agermanados? El no vivió aquella guerra civil, en la que su clase —los artesanos— luchó contra las tropas de Carlos, y fue derrotada. No: la experiencia nos hace ver que no siempre los nenes de los ex-combatientes mantienen el aire de sus papás.

Carlos V, para Timoneda, era Trento, el Saco de Roma, América, el Imperio —más o menos Sacro, más o menos Romano-Germánico, como decían los manuales de mi bachillerato—, el pisotón a la eterna enemiga Francia, el Santo Oficio... Un glorioso muestrario de fascinaciones para un tendero pío y espabilado... La desaparición de Carlos V, políticamente, no coincide con la fecha de su óbito. Había abdicado. Y por este lado habrá que buscar el resorte último del soneto. Porque el artefacto verbal de Timoneda rezuma un indiscutible pesimismo. O me lo parece a mí. Cuando fallece don Carlos, don Felipe ya está en la brecha. Una elemental lagoteria, rigurosamente previsible, tendría que obligar al poeta a no recargar las tintas. Penosa era la muerte de Carlos, desde luego; pero su sucesor ¿no garantizaba —para la multitud de «provincias», al menos— la seguridad de un mañana tan espléndido?

Este es un problema histórico muy delicado. ¿Cuándo los españoles que abonaban la factura insaciable de los Austrias empezaron a desconfiar? La «Decadencia de España», ¿ya es «sentida» en 1558, junto al féretro de Yuste? Peor aún: ¿es sentida a distancia, desde su domicilio mesacratío de Valencia, donde la participación en la gran juerga épica sólo podía traducirse en el pago de impuestos o en un encandilamiento lírico? Dejo el problema para el profesor J. A. Maravall, especialista en el ramo... Para Joan Timoneda, el entierro del Emperador supone una «fatiga» tan gorda, «tan brava», que si «los versos faltaran» —y no faltaron, como los pobres del mismo Timoneda lo advierten— no faltará, en todo caso, la «amargura». Era una «amargura» progresiva: «aumenta cada día». Felipe II, con el cetro en la mano, ¿presidía ya una tal sensación de desastre? En sus dominios no se ponía el sol: nunca se puso. No podría decir otro tanto el presidente Nixon... ¿Era prematuro, en 1558, en 1561, apuntar el «desengaño»? De entrada, Felipe II ya no era Emperador. Para un menestral de la periferia, la sustitución de jerarquías pudo ser sorprendente...

l'amargura
no faltará, que augmenta cada dia,

precisaba el versificador. ¿Aumentaba cada día? Por supuesto, sí. Fue aumentando. Si lo de Timoneda no fue un simple rizo funerario —y posiblemente no lo fue—, el mediocre soneto que saco a colación no deja de ser un documento sugestivo...

Joan FUSTER

COCINAS A GAS

Reparación, transformación y desengrase interior y exterior. Teléf. 241-00-93 y 241-00-96

CONSTOR

COLECCIONISTA E INVESTIGADOR

de la casa de Correos Alemana Investigando sobre el tema de la División Azul solicita cartas, postales o documentación que trate de la División Azul. Dirigirse a: NORBERT KANNAPIN — Korollingerstrasse, 5 221 ITZHOE (Alemania)

¿TIENE USTED UNA PARCELA?

Le construiremos su chalet. Pagadero 10 años. Entrega llaves, 5 meses. Tel. 2179316

PERROS

PELUQUERIA CANINA Y BAÑOS CONSULTORIO VETERINARIO Casetas desmontables para perros y todo para el perro Mallorca, 134. T. 254-35-89 PARKING